

SÁBADO SANTO

FAMILIA Y EDUCACIÓN EN LA FE. POSIBILIDADES Y RETOS



ADAPTACIÓN DEL LIBRO «LA FAMILIA, ¿LUGAR DE EDUCACIÓN EN LA FE?», PPC. MADRID, 2010, DE EMILIO ALBERICH SOTOMAYOR

Este material quiere ser una ayuda para seguir descubriendo y potenciando las grandes posibilidades y recursos que la familia actual tiene para la educación de la fe de sus miembros, aunque esté envuelta en una época de grandes cambios sociales, que parecen poner en tela de juicio su capacidad educadora y transmisora de vida cristiana.

Siempre ha insistido la Iglesia —y continúa haciéndolo— en el valor propio de la familia como «lugar donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia» (Evangelii nuntiandi, 71). Quiere esto decir que la familia es el lugar propio e ideal para la educación religiosa de los hijos y la primera comunicación de la fe.

A la luz de la doctrina de la Iglesia, todos nos preguntamos qué está ocurriendo entre nosotros, cuando vemos que tantas familias cristianas no aciertan o no son capaces de educar en la fe a sus hijos. Es por eso que, en todos los agentes de pastoral, esté hoy día la misma preocupación y la misma inquietud: las circunstancias reclaman un nuevo impulso a la pastoral familiar.

Como comunidad local que quiere insistir en el seguimiento de Jesús *“nuestra vida fraterna tiene una proyección evangelizadora como tarea y misión de la propia Iglesia, desde el talante propio de la espiritualidad franciscana”* (Proyecto de Vida del Grupo de San Francisco, 64)

Todos los esfuerzos, en este sentido, serán pocos a la hora de ayudar y preparar a las familias para que puedan llevar a cabo su misión evangelizadora de la mejor manera posible.

1. LA FAMILIA: LUGAR PREFERENTE PARA LA EDUCACIÓN RELIGIOSA DE LOS HIJOS Y LA PRIMERA COMUNICACIÓN DE LA FE

Muchos de los que leemos esta afirmación hemos nacido a la fe, a la vida cristiana gracias a la influencia de nuestra familia: nuestros padres y abuelos, incluso nuestros hermanos fueron quienes realmente nos iniciaron en el «aprendizaje» de la vida cristiana. En la familia, y por medio de alguno de sus miembros hemos visto los primeros símbolos religiosos, cogiéndonos la mano nos han enseñado a hacer la señal de la Cruz, de sus labios hemos aprendido las primeras oraciones, llevados por ellos hemos conocido el templo, con sus palabras y obras hemos descubierto que Dios es Alguien presente en la familia, al que hay que amar y respetar.

Es decir, nuestra personalidad religiosa cristiana tiene su base en la familia, por lo que afirmamos que la familia es el lugar propio e ideal para la educación religiosa de los hijos y para la primera comunicación de la fe.

No os decimos esto sólo como fruto de una experiencia personal. A lo largo de toda la historia de la Iglesia, la familia cristiana ha sido considerada como el ambiente propicio, insustituible, para el «despertar religioso» y la educación cristiana de los hijos. Los padres son considerados como «los primeros maestros de la fe» de sus hijos

Se podría decir que la familia es como una «Iglesia familiar» donde la fe tiene que nacer y ser transmitida. Es más *«los padres reciben en el sacramento del matrimonio la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana de sus hijos, a los que testifican y transmiten a la vez los valores humanos y religiosos»* (Directorio General para la Catequesis).

La catequesis familiar, el aprendizaje cristiano en el hogar es una riqueza que no podemos permitirnos el lujo de perder, por eso la Iglesia, que es nuestra Madre en la fe, nos lo recuerda permanentemente y nos contagia de su entusiasmo cuando nos insiste en ello:

«El testimonio de vida cristiana, ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto en el cariño y el respeto materno y paterno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto que en esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida. Este despertar religioso infantil en el ambiente familiar tiene, por tanto, un carácter “insustituible”». (Directorio General para la Catequesis 226).

Todos nosotros tenemos la experiencia de que –en los inicios de nuestra fe– lo que hemos aprendido y vivido en nuestra familia nos ha marcado para siempre.

Dos conclusiones podemos sacar de la historia de nuestra fe y de toda la enseñanza de la Iglesia: la familia cristiana es el lugar idóneo para el aprendizaje cristiano –despertar religioso y vivenciada la fe–, y que los padres son los principales responsables de la transmisión de la fe a

sus hijos. Creemos que, en cualquier época, y hoy en día, pese a las dificultades la familia tiene capacidad educadora en el terreno religioso.

Es curiosa, por tanto, una situación que se da, incluso en familias creyentes y hasta ejemplares por su religiosidad: la costumbre de delegar en otros (sacerdotes, religiosos, catequistas...) la educación religiosa, porque piensan que la tarea de la catequesis está reservada para los «especialistas».

Esto sucede si no se entiende bien la finalidad de la catequesis. Cuando la catequesis sirve sólo para la recepción inmediata del Sacramento, es lógico que las familias inscriban a sus hijos en la Parroquia donde serán preparados adecuadamente. Pero esto es no entender que la catequesis es «un aprendizaje para vivir como cristiano», que empieza con los primeros pasos en la fe en la familia, mediante el testimonio de los padres, y que debe acompañar a los hijos a lo largo de toda su formación. Y esto no puede delegarse en nadie. No hay competencia entre familia y catequesis: la tarea de la familia es permanente, la catequesis sacramental tiene un principio y un final.

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Existe la conciencia entre los padres cristianos de que son ellos realmente los primeros educadores de la fe de sus hijos?
- «En el sacramento del matrimonio, los padres reciben la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana de sus hijos» (DGC 227). ¿Hasta qué punto se le da importancia en el matrimonio a esta dimensión del mismo?
- El despertar religioso infantil acontece en el ambiente familiar. ¿Es el ambiente familiar el adecuado para que los niños perciban la cercanía de Dios desde el testimonio de los padres? ¿Qué se puede hacer para que el ambiente familiar sea para los hijos verdadera experiencia cristiana?
- Los padres no pueden ser evangelizadores si ellos mismos desconocen el Evangelio. ¿Se da importancia a la catequesis de padres? ¿Piensas que la catequesis es sólo cosa de niños?
- ¿Qué se puede hacer para evitar delegar en otros completamente la educación religiosa de los hijos? ¿Cómo recuperar el papel insustituible de los padres como transmisores de la fe?

2. LA DIVERSIDAD FAMILIAR Y SU REALIDAD ACTUAL. POSIBILIDADES Y DEBILIDADES

Si intentamos hacer una foto fija de las familias actuales de nuestro entorno, seguramente el resultado se traduce en dos colores: variedad y profundo y rápido cambio.

Los «tipos de familia» que pueblan nuestras ciudades y pueblos son muy distintos, frente a un modelo casi exclusivo que existía hasta hace relativamente poco tiempo. No obstante, las familias formadas por padre, madre y varios hijos naturales comunes es el modelo de familia más frecuente con notable diferencia respecto de las demás, que son denominadas sociológicamente como nuevas formas familiares, tales como familias monoparentales (con hijos propios o adoptados), resultado de una decisión personal o fruto de una separación, divorcio o viudedad; familias reconstituidas, como resultado de la unión entre dos personas separadas o viudas con sus hijos respectivos; familias adoptivas, que se asemejan a las familias tradicionales, pero donde alguno o todos los hijos lo son por adopción o acogimiento. Además, dependiendo de otras consideraciones referidas al origen de la pareja o los hijos, puede hablarse de familias con cónyuges extranjeros o multiculturales, familias homoparentales, donde los progenitores (adoptivos, biológicos o por reproducción asistida) son del mismo sexo, o familias de hecho, basadas en compromisos jurídicos reconocidos socialmente.



Estas nuevas familias no son solo un nuevo elemento del paisaje social ni un mero cambio en las estructuras, sino que suponen un nuevo marco de relación de estas familias con la sociedad que las acoge, y de esta con las nuevas formas de familia. Sería ingenuo negar que este cambio, que implica esas nuevas formas de relacionarse, supone una tensión social no solo por el esfuerzo de adaptación mental y social, sino también por la incertidumbre que provocan estos nuevos comportamientos sociales y las expectativas sobre su funcionamiento efectivo y su capacidad para generar una adecuada calidad de vida familiar.

Ahora bien, con independencia de la estructura familiar o, con más precisión aún, bajando la lente a la familia tradicional, que sigue siendo mayoritaria en nuestro entorno, se constata el rápido y profundo cambio que se ha producido en la dinámica familiar, que condiciona enormemente la vida cotidiana y las relaciones entre padres e hijos y entre los miembros de la pareja y que puede estar en la base de ciertas valoraciones negativas (y hasta un poco catastrofistas) acerca del futuro de la familia. Convendrá, llegado el caso, separar el trigo de la

paja y determinar el impacto real que todos estos cambios están teniendo sobre la dinámica familiar y las dificultades –y facilidades– de la familia actual para el desempeño de sus funciones. Entre los cambios más notables que se registran en la tendencia sociodemográfica actual podríamos señalar los siguientes:

(1) las familias tienen menos hijos y más tarde, lo que trae como consecuencia familias más pequeñas y envejecidas; (2) un aumento del coste económico por hijo, lo que provoca un menor número de hijos y un mayor número de horas laborales por parte de los padres; (3) cierta erosión del papel educativo de los padres, lo cual no significa que los padres no asuman responsablemente su tarea educativa o que no sepan hacerlo, pero sí implica cierta puesta en cuestión del modelo parental que ha pervivido hasta ahora, dejando a los padres con cierta sensación de incompetencia e indefensión; (4) desinstitucionalización de la conyugalita, esto es, no solo disminuye el número de matrimonios civiles o religiosos, sino que existe una mayor aceptación y preferencia por la cohabitación (i.e., parejas de hecho), crece la aceptación de la monoparental dad, se implanta el matrimonio homosexual y aumenta la natalidad extramatrimonial; (5) creciente empoderamiento femenino en la familia, ya que se acepta la compatibilidad entre trabajo y maternidad y se asume progresivamente –al menos teóricamente– la responsabilidad de las tareas domésticas y de atención a los hijos y a los mayores; y (6) se experimenta, pese a la alta convivencia y a un mejor clima familiar, un progresivo malestar por parte de los padres a la hora de transmitir sus valores a los hijos, que tiene una de sus máximas expresiones en la dificultad de la transmisión familiar de la fe y de las pautas de conducta derivadas de la misma.

La rapidez y profundidad de estos cambios y la aparición de nuevas formas familiares como resultado de modificaciones sociales, legislativas y actitudinales pueden hacer prevalecer el foco de la diversidad y, lo que es peor, desenfocar la mirada y presuponer, sin demasiados datos aún, la idoneidad o no de determinadas formas de familia o la añoranza de un estilo parental y filial pasado, donde todo parecía más claro. No es momento este de entrar en la valoración de si estos cambios son positivos o negativos, o qué grado de responsabilidad tienen sobre los problemas familiares actuales, porque estamos seguros de que la familia es y seguirá siendo el núcleo afectivo y socializador fundamental.

Sea cual sea el tipo de familia, como fundamento básico de la protección y desarrollo personal de ella, es esencial entenderla como un sistema en el que todos y cada uno de sus miembros tienen (y progresivamente aprenden, asumen y valoran) la responsabilidad de apoyar a los demás, y el derecho a ser aceptados y apoyados incondicionalmente. Se trata de un sistema dinámico que cambia continuamente y que, por tanto, está siempre estructurándose, en el que todos los miembros tienen derechos y deberes, y todos son participantes activos y corresponsales, aunque de distinta forma. En definitiva, es un sistema que cumple con una serie defunciones, entre las cuales pueden destacarse las siguientes:



- Ofrecer una relación afectiva tierna y cálida.
- Satisfacer las necesidades básicas biológicas, cognitivas, afectivas y sociales.
- Aceptar a la persona tal como es, de forma incondicional.
- Proveer de información y transmitir valores, entre ellos, la fe y una visión significativa de la vida.
- Funcionar como grupo de control; es decir, enseñar y obligar a sus miembros a comportarse de forma socialmente deseable y adaptativa.
- Ayudar a buscar soluciones ante los problemas.
- Ofrecer modelos de imitación e identificación.
- Fomentar la autonomía en lugar de la sobreprotección.
- Exigir responsabilidades conforme a las capacidades de cada uno.
- ser el núcleo social que sirve de descanso y lugar para recuperarse de esfuerzos y tensiones.
- Constituirse como el espacio más seguro y predecible, adonde desear regresar cuando las cosas se ponen difíciles o se percibe el riesgo o la amenaza.
- Ser un espacio de participación, donde cada uno participa en la medida de su edad y capacidad.

Sería pertinente preguntarse en este caso, no tanto si el modelo de familia que tenemos o que otros tienen es el adecuado, sino si nuestras familias son terreno fértil para la transmisión de la fe, de crecimiento y maduración personal para todos sus miembros, si nuestra familia consigue llevar a cabo (en la medida de lo posible) las funciones que se le suponen en esta época de cambio de paradigma.

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cuáles son, a tu juicio, los principales aspectos problemáticos y preocupantes de las familias hoy en día?
- En 2008 sólo el 60% de los matrimonios celebrados han sido religiosos. ¿A qué crees que se debe que cada vez sean menos las parejas que optan por casarse por la Iglesia?
- ¿Cómo puede un matrimonio cristiano crear un ambiente familiar con valores cristianos cuando en la sociedad moderna?
- ¿Cuáles crees que son los retos de los padres en la tarea educativa hoy en día?

3. LA FAMILIA ACTUAL TIENE GRANDES POSIBILIDADES Y RECURSOS PARA LA EDUCACIÓN DE LA FE

Seguramente que el análisis sobre la realidad familiar nos deja un tanto abrumados y con un regusto de confusión. ¿Cómo orientar en concreto la tarea de la educación en la fe hoy en día? ¿Las declaraciones oficiales de la Iglesia, expresadas a lo largo de tantísimos años y documentos, están a “años luz» de la realidad? ¿Cómo adaptar a estos tiempos, con un contexto muy diferente al de hace unos años, la transmisión de la fe en la familia?

Seguramente que el obstáculo más frecuente con el que nos encontramos para creernos de verdad que la familia, no sólo puede, sino que debe ser lugar preferente de educación religiosa, sea la falta de conciencia del deber de educar religiosamente a sus hijos, con la consiguiente costumbre de delegar en otros este deber, y la falta de convicción sobre las posibilidades educativas que tienen.

Cuando esto sucede, no es de extrañar que aparezcan –sobre todo en los agentes de pastoral– actitudes de resignación y fatalismo: «¡esto es imposible» !, «no se puede hacer nada». Si miramos la familia con semejante convicción, entonces es cuando, efectivamente, no se puede hacer nada.

No es así como nosotros miramos a la familia. Reafirmamos la posición esperanzada de la Iglesia: La familia, Iglesia doméstica, es el lugar primario de educación religiosa. Para que esto se realice, es importante no olvidarse de una triple tarea: Responsabilizarse, Motivar y Acompañar.



RESPONSABILIZAR

Aquí la tarea fundamental está en que los padres eliminen la costumbre de “delegar en otros” la educación cristianada los hijos, incluida la iniciación a los sacramentos. Hay que insistir en que la catequesis no se centra exclusivamente en la adquisición de conocimientos y en la preparación inmediata para un sacramento. Cuando esto sucede, se entiende perfectamente que los padres estén convencidos de que cumplen con vuestra obligación llevando a vuestros hijos a la Parroquia para que reciban la formación de los que son «entendidos en el oficio de enseñar».

Contra esta mentalidad hay que esforzarse en que los padres tomen conciencia acerca de su responsabilidad educativa. No se pide que sean profesores, se les invita a que sean padres cristianos, capaces de dar buen ejemplo, inculcar actitudes, afrontar los acontecimientos desde la fe. En definitiva, el aprendizaje cristiano de los hijos es más que la preparación para un sacramento, y que este aprendizaje se realiza más desde el testimonio que desde la enseñanza y que es algo constante más que ocasional.

MOTIVAR

«No estamos preparados»; «no tenemos tiempo»; «vosotros lo hacéis muy bien» ..., son las razones que suelen presentar los padres para delegar en otros la educación religiosa de sus hijos. En muchos casos, ¿no se trata de meras excusas que ponéis sobre el tapete y que la raíz de todo está en una falta de motivación?

Sin embargo, es normal oír decir a los padres que, por sus hijos están dispuestos a todo. Y así es. El interés por el bien y el futuro de los hijos supone una enorme fuerza motivadora. Uno se esfuerza por aquello que consideráis que tiene valor y utilidad. ¿Se valora la fe en nuestras familias? Como estamos acostumbrados a esforzarnos por lo que nos proporciona una utilidad inmediata, a veces se puede perder el entusiasmo en la tarea de transmitir la fe a los hijos porque creemos que no nos proporciona ventajas y recompensase tanto esfuerzo. En el fondo, la falta de motivación puede responder a no valorar lo que somos y poseemos.

ACOMPañAR

Tampoco se trata de descargar toda la responsabilidad en los padres, dejándolos solos, a su suerte. La responsabilidad de la educación religiosa de los hijos debe ser asumida, en cierta manera, por toda la comunidad, por las otras familias. En una comunidad todos somos corresponsables del aprendizaje cristiano de los pequeños, cada uno aportando aquello para lo que está capacitado: los padres con su testimonio, la catequesis con su acompañamiento más sistemático y ordenado, la parroquia con su acogida, oración, celebración... Que cada uno haga lo que realmente pueda.

Pero son los padres, tal vez, los que estén más necesitados de un acompañamiento en su responsabilidad educativa, por eso, la Iglesia y la comunidad concreta, no puede dejar de ofrecer en sus programaciones pastorales ocasiones y espacios de formación, de confrontación y diálogo, de acompañamiento, para que las familias no se sientan solas, o perdidas en la tarea.

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- Las encuestas señalan que la familia constituye el valor más apreciado por los jóvenes españoles. ¿Por qué crees que sigue siendo la familia tan valorada mientras que, en algunos ámbitos, se habla al mismo tiempo de una crisis de la institución familiar?
- ¿Consideras realmente la familia como el ambiente ideal más capacitado para poner las bases de una auténtica educación, tanto general como religiosa?
- ¿Qué obstáculos observas en la sociedad actual que dificulten que la familia sea considerada como el lugar educativo por excelencia?
- ¿Qué se puede hacer hoy para que los padres tomen conciencia de la responsabilidad educativa y de su misión catequética?
- ¿Ante la falta de motivación, ¿qué se puede hacer para motivar a los padres en su tarea educativa?
- ¿Qué se puede hacer hoy para acompañar a los padres en su faceta educativa?

4. LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN LA PRIMERA INFANCIA

Podemos decir que la familia es el lugar ideal para proporcionar al niño la primera experiencia de Fe, existente en todo proceso. Por eso la familia (padres, abuelos...) debe estar implicada en el despertar religioso de los hijos pequeños: «despertar nuestra fe es despertar la Fe de nuestros hijos». Y por eso los padres deben ser los primeros y principales educadores en la fe de sus hijos. Es muy importante crear un ambiente de familia animado por el amor, hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación integra personal y social de los hijos.

A) EDUCAR EL «DESPERTAR RELIGIOSO» DE NUESTROS HIJOS

Con los hijos pequeños, más que hablar de catequesis en sentido estricto es mejor hablar de «Despertar religioso» o “Despertar a la fe». Se les debe abrir a la presencia maravillosa de Dios, se debe construir con ellos la relación con Dios. Se trata de ser padres cristianos, testigos de fe, de una manera sencilla y natural.

Es la vida misma la que nos debe ofrecer ocasiones y momentos para elevar la mirada hacia la presencia amorosa de Dios. Se trata de que descubramos en la vida ordinaria la dimensión religiosa y sagrada que contiene. Por ejemplo, en el momento en el que un hijo/a ya en la cama se entrega al descanso, puede vivir una experiencia de contacto con Dios, recordando el día, pidiendo perdón, dando gracias... se puede hacer de este momento, algo verdaderamente mágico rico existencialmente.

Los mismos hijos darán ocasiones aprovechables, cuando sorprendan con preguntas al mismo tiempo ingenuas y profundas, que quizás nos dejen un poco descolocados y que quizás rompan nuestros esquemas. Estos momentos son una buena ocasión para ayudarles a tomar actitudes humanas que están en la base de la conducta religiosa: amar la vida, sentirse amado, entender la belleza de lo creado por Dios. Esta será la base de su actitud religiosa: vivir su relación de hijo de Dios, de confiar en su acción, agradecer su presencia...

B) DAR TESTIMONIO

De nada servirán los discursos y recomendaciones si no damos ejemplo del testimonio personal. Nuestros hijos captarán enseguida nuestra postura con respecto a la fe, la mejor manera de hablar de Dios a nuestros hijos pequeños es hacerles ver lo importante que es Dios para nosotros. Nuestros hijos aprenderán a amar a Dios, a agradecer, a perdonar, a admirar, cuando vean que nosotros amamos, agradecemos, perdonamos y admiramos. Y compartiendo, comprenderán lo que significa su propia libertad el don de entregarse a los demás.

C) EDUCAR PARA LA ORACIÓN Y ORIENTAR LA CONCIENCIA MORAL

El despertar religioso de los hijos debe articularse entorno a la oración. Lo importante es que vean que Dios está presente en nuestras vidas, que es Alguien con el que contamos. Y no hay manera más eficaz de descubrirlo que hacerles ver, que nosotros rezamos, que nos acordamos de Él, que nos sentimos felices de ser sus hijos. Enseñar a orar a los hijos es orar con los mismos sentimientos con que Jesús se dirigía a el Padre; confianza, admiración, suplica, acción de gracias...

La evangelización que supone el anuncio y la propuesta moral adquiere mucha más fuerza cuando, junto a la palabra «anunciada», ofrecemos la palabra «vvida». Debemos hacerles ver que el Padre nos escucha, aunque nuestros labios no hablen y empezar a abrirlos al mundo de los valores, al amor a la paz, a la justicia, a la solidaridad.

D) NO INFANTILIZAR LA RELIGIÓN

No debemos caer en el error de infantilizar la religión con el pretexto de acercarla a los hijos, es verdad, que a todos los padres «se les cae la baba» viendo como los hijos juntan las manitas y rezan el «Jesusito de mi vida», pero no debemos quedarnos ahí. Los hijos deben poder experimentar a Dios y a Jesús en su dimensión completa y autentica. Un Padre misericordioso y bueno, creador y salvador, a un Jesús que salva, buen pastor y amigo fiel. Esto no quiere decir que no debemos adaptar el lenguaje a nuestros hijos, pero siempre sin deformar la realidad ni presentar a nuestros hijos un niño Jesús inexistente e infantilizado.

E) NO FALSEAR NI HACER ODIOSA LA RELIGIOSIDAD

Los hijos deben respirar en su relación con Dios un clima de mucha ternura, alegría y confianza, pues en Jesús nuestro Señor y nuestro hermano, Dios se nos revela como el padre lleno de misericordia que nos ama y desea que seamos felices. Los padres debemos presentar a los hijos la religión, no como algo aburrido lleno de interminables rezos incomprensibles para ellos, por eso no debemos presentar a Dios como alguien que castiga e inspira miedo, no debemos imponerles asistir a celebraciones aburridas, pues terminaran por rechazarlo más tarde como una carga insoportable. La educación religiosa de nuestros hijos es una cosa muy seria y merece toda nuestra atención y delicadeza pues estamos decidiendo el futuro de toda una vida y el secreto de su felicidad.

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Está la familia implicada lo suficiente en el despertar religioso de los hijos pequeños?
- Comentamos las siguientes afirmaciones:
 - *Evangelizar la conducta de vida de los padres es evangelizar la conducta de vida de los hijos.*
 - *Despertar la fe de los padres permite despertar la fe de los hijos.*
- ¿Cómo se puede suscitar y construir en el niño la relación con Dios como primeros pasos en la iniciación cristiana, dentro del ámbito familiar?
- ¿Dan las familias importancia a la creación de una relación del niño con Dios desde prácticas tan sencillas como la oración en la cama por la noche, la oración en las comidas, acción de gracias...?
- ¿Son los padres testimonio o antitestimonio para los hijos en lo que a la educación religiosa en la infancia se refiere?

5. LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

El período central de la edad infantil y de la preadolescencia (7-12 años) puede ser también un momento privilegiado para plantear la implicación de la familia en la educación religiosa de los hijos. En esta edad tiene lugar el tradicional proceso de iniciación de los niños, por medio de la catequesis y la celebración de los sacramentos: confesión y primera comunión.

Si damos un vistazo a lo que ocurre en nuestras parroquias, podemos afirmar que el proceso de formación cristiana de los niños y adolescentes sufre una crisis. Muchas veces, la primera comunión se convierte en la «última comunión», los grupos de catequesis de poscomunión quedan muy reducidos, en algunas parroquias inexistentes. Podemos, sin lugar a duda, hablar de relativo fracaso –al menos en muchos casos– del proceso tradicional de iniciación cristiana.

¿Tiene solución este problema?, ¿Es posible renovar el proceso de iniciación cristiana? ¿Qué podríamos cambiar en la catequesis tradicional? El tema se presenta complejo y lleno de retos, y todo parece indicar que debemos cambiar nuestra mentalidad y adoptar nuevos modelos.

LA PARTICIPACIÓN DE LA FAMILIA EN LA INICIACIÓN CRISTIANA DE LOS NIÑOS

La larga experiencia nos dice que, en la sociedad actual, la formación cristiana de los niños y adolescentes es una tarea imposible si en ella no nos implicamos los padres. Las parroquias vuelcan en los procesos de catequesis una gran cantidad de personas, recursos y trabajo, que no dan el fruto deseado si no se añade a este esfuerzo la responsabilidad y el potencial educativo que posee la familia. Desde esa afirmación, nos surge una pregunta importante: ¿es posible, conseguir la implicación de la familia en la iniciación cristiana de los hijos?

En nuestras parroquias, la demanda de los sacramentos, para sí (matrimonio, confirmación de adultos) o para los propios hijos (bautismo y comunión), representa uno de los momentos clásicos que lleva a muchas personas a interrogarse sobre su vida de fe y a replantearse su vuelta a la Iglesia. ¿Sería posible dar profundidad a esos interrogantes? ¿que los adultos caigamos ella cuenta de que lo principal, lo que realmente está en juego, más allá de la ayuda que podamos prestar a nuestros hijos en el camino de la fe, es clarificar y revisar nuestra propia fe, nuestra identidad como padres cristianos? Si se consigue remover esa conciencia, lo que empezó siendo una simple ayuda en la educación de los hijos se convierte en un camino de fe de los padres, de la familia. Y eso repercute, de manera determinante, en la vivencia cristiana de los hijos.

Este reto no está exento de dificultades (participación solo de la madre, familias centradas en lo estrictamente superficial de lo celebrado, etc.) que provocan que los resultados son más bien pobres y decepcionantes: todo queda a lo más en una ocasión emotiva de celebración y de fiesta, pero sin profundidad y sin futuro.

Pero esto no tiene que ser así necesariamente. Existen numerosas experiencias de parroquias que están impulsando que la catequesis se convierta en una experiencia de formación de la familia, en la que se implica toda la parroquia. En estos casos, el objetivo no se reduce a preparar a niños y adolescentes para celebrar un sacramento, sino que se amplían los horizontes, y la finalidad es más ambiciosa: la evangelización y cristianización de la familia. Con los adultos que se embarcan en estos procesos, lo que se propone este nuevo modelo de catequesis es:



- Evangelizar a los padres con ocasión de la preparación de los hijos a la Primera Comunión, por medio del redescubrimiento de la familia como lugar de comunión y educación humana y cristiana.
- Ayudar a los padres a considerar con ojos nuevos su vida de Fe y a recuperar el gusto y la alegría de ser cristianos.
- Orientar a las familias hacia formas originales de integración en la parroquia, a las que enriquecen con la formación de nuevos grupos.
- Promover un nuevo modelo de cristiano, orientado al testimonio y a la presencia en la sociedad.

En las parroquias en las que se ha conseguido poner en marcha esta catequesis, se hacen valoraciones muy positivas, subrayando estos logros:

- la mejoría y recomposición de las relaciones familiares;
- la promoción humana y social de muchas familias;
- la evangelización del ambiente familiar;
- grandes progresos en la educación religiosa e iniciación cristiana de los niños;
- la promoción e inserción de los adultos en la comunidad cristiana;
- el resurgir de nuevas comunidades cristianas;
- la renovación eclesial en los niveles parroquial y diocesano.

Conviene insistir en la convicción de que la clave del éxito de la catequesis familiar se encuentra en conseguir que los padres sean los protagonistas de la educación religiosa de sus hijos.

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cuáles son las razones por las que se haya convertido el tradicional proceso de iniciación cristiana para muchos niños y jóvenes en un verdadero proceso de conclusión?
- Muchos niños abandonan las catequesis inmediatamente después de hacer la Primera Comunión. ¿Crees que es decisión de los hijos, los padres, es problema del planteamiento catequético...?
- Es muy complicada la iniciación cristiana de los hijos sin la implicación de la familia; sin la implicación de los padres no hay verdadera iniciación. ¿Cómo motivar a los padres para que se involucren en el proceso de iniciación cristiana de los hijos?
- ¿Hay que exigir a los padres cierta formación religiosa o la realización de catequesis de adultos cuando éstos solicitan los sacramentos para sus hijos? ¿Cómo garantizar la continuidad de la iniciación cristiana de los hijos si no hay ambiente religioso en la familia?
- ¿Qué dificultades y obstáculos surgen en el planteamiento de una catequesis familiar?

6. LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN LA ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

El acompañamiento del joven de hoy y su educación es muy importante, porque debemos ayudarle a encontrar su vocación en la Iglesia y por tanto en el mundo. Debemos tener una cosa en cuenta y es que la educación del joven tiene que renovarse pues los jóvenes de ahora ya no son iguales a los del pasado. Vamos a recordar las palabras que Benedicto XVI nos dejaba en el aeropuerto de Barajas, para que nos sirvan de ayuda en este acompañar al joven:

«Es urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a permanecer firmes en la fe y a asumir la bella aventura anunciarla y testimoniarla abiertamente con su propia vida. Un testimonio valiente y lleno de amor al hombre hermano, decidido y prudente a la vez, sin ocultar su propia identidad cristiana, en un clima de respetuosa convivencia con otras legítimas opciones y exigiendo al mismo tiempo el debido respeto a las propias».

Las etapas de la adolescencia y de la juventud, son una fase del desarrollo en la que los chicos y chicas sufren un gran cambio a nivel físico, psíquico, relacional..., para ir integrándose en el mundo de los adultos e ir creándose su propia identidad. ¿Tiene hoy en día la familia algo que aportar al proceso de crecimiento personal y en la fe los jóvenes? Creemos que sí. Para ello se necesita restablecer un diálogo con ellos comenzando por la familia, por los propios padres.

Los jóvenes necesitan de los adultos, si no corren el peligro de perder el sentido de la vida y de la realidad, y los adultos necesitan de los jóvenes para no cerrarse en su mundo generacional, ni en la nostalgia de que los tiempos pasados fueron mejores.

Este diálogo, exige calidad de relaciones y actitudes por parte de la familia, de los adultos. No se puede interactuar de forma autoritaria, ni tener un espacio donde los jóvenes tienen asesores aburridos y con una gran gama de sermones. Siendo esto así, es lógico que los resultados sean lamentables. Habrá que hacerlo en un clima de sinceridad y autenticidad, que es lo que buscan los jóvenes. El ambiente familiar debe de facilitar el aspecto vocacional de la existencia del joven, tanto para que pueda hacer su proyecto personal de vida como para responder a la posible llamada de Dios para el servicio a la Iglesia y al mundo. En este sentido, el papa Benedicto XVI decía estas palabras a los voluntarios de la JMJ en Madrid:

«Es posible que en mucho de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirle más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciarla mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreceos como voluntarios al servicio de Aquel que –no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos–».

En estos importantes procesos de decisión deben sentirse acompañados. Los jóvenes no pueden vivir aisladamente su decisión, su vida de fe, sus problemas, sus alegrías. Necesitan a alguien que haya realizado este camino y que desde su experiencia le pueda ayudara discernir, lo que en cada momento al joven se le plantee, para que así pueda responder a las decisiones importantes que influirán en su vida y puedan encontrar su verdadera vocación.

Desde aquí animar en esta hermosa e importante tarea de acompañar a los jóvenes, que, aunque en ocasiones resulte difícil, siempre llena de esperanza y alegría. Concluimos con estas palabras de Benedicto XVI:

*«No hay que desanimarse ante las contrariedades que, de diversos modos, se presentan en algunos países. Más fuerte que todas ellas es el anhelo de Dios, que el Creador ha puesto en el corazón de los jóvenes, y el poder de lo alto, que otorga fortaleza divina a los que siguen al Maestro y a los que buscan en Él alimento para la vida. No temáis presentar a los jóvenes el mensaje de Jesucristo en toda su integridad e invitarlos a los sacramentos, por los cuáles nos hace partícipes de su propia vida». **Discurso de despedida de la JMJ en Madrid***

PISTAS PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué puede hacer la familia, a tu juicio, para una educación cristiana en la sociedad de hoy en día?
- ¿Cuáles son las principales diferencias de los jóvenes de hoy con respecto a la juventud de hace unos años?
- Se habla a menudo de «la eterna juventud»; ¿cuáles son los aspectos positivos y cuáles los peligros de la denominada «eterna juventud»?
- ¿Cuáles son para los jóvenes las principales preocupaciones? ¿Se implican lo suficiente en la sociedad actual?
- Los jóvenes tienen necesidad de los adultos y los adultos tienen necesidad de los jóvenes. ¿Dónde están, pues, las dificultades para el diálogo entre jóvenes y adultos?
- ¿En qué consiste la tarea de los padres de ser educadores de la libertad? ¿Cómo llevar a cabo esta educación de la libertad sin que afecte a la autonomía de los jóvenes?
- ¿Cómo acompañar a los jóvenes para que no vivan aisladamente sus decisiones y su vida de fe?